

teniendo las riendas á Rocinante hasta que llegase su cansado escudero, el cual en llegando le dijo: "Paréceme, señor, que sería acertado irnos á retraer á alguna iglesia, que, segun quedó maltrecho aquel con quien os combatisteis, no será mucho que den noticia del caso á la Santa Hermandad y nos prendan, y á fe que si lo hacen, que primero que salgamos de la cárcel que nos ha de sudar el hopo.— ¡Calla! dijo Don Quijote; ¿y dónde has visto tú ó leído jamás que caballero andante haya sido puesto ante la justicia, por mas homicidios que hubiese cometido?—Yo no sé nada de omecillos, respondió Sancho, ni en mi vida le caté á ninguno; solo sé que la Santa Hermandad tiene que ver con los que pelean en el campo, y en esotro no me entremeto.—Pues no tengas pena, amigo, respondió Don Quijote, que yo te sacaré de las manos de los caldeos, cuanto mas de las de la Hermandad. Pero dime por tu vida, ¿has tú visto mas valeroso caballero que yo en todo lo descubierto de la tierra? ¿has leído en historias otro que tenga ni haya tenido mas brio en acometer, mas aliento en el perseverar, mas destreza en el herir, ni mas maña en el derribar?—La verdad sea, respondió Sancho, que yo no he leído ninguna historia jamás, porque ni sé leer ni escrebir; mas lo que osaré apostar es que mas atrevido amo que vuestra merced yo no le he servido en todos los dias de mi vida, y quiera Dios que estos atrevimientos no se paguen donde tengo dicho: lo que le ruego á vuestra merced es que se cure, que le va mucha sangre de esa oreja, que aquí traigo hilas y un poco de unguento blanco en las alforjas.—Todo eso fuera bien excusado, respondió Don Quijote, si á mí se me acordara de hacer una redoma del bálsamo de Fierabrás, que con sola una gota se ahorraran tiempo y medicinas.—¿Qué redoma y qué bálsamo es ese? dijo Sancho Panza.—Es un bálsamo, respondió Don Quijote, de quien tengo la receta en la memoria, con el cual no hay que tener temor á la muerte, ni hay pensar morir de ferida alguna: y así cuando yo le haga y te le dé no tienes mas que hacer sino que, cuando vieres que en alguna batalla me han partido por medio del cuerpo, como muchas veces suele acontecer, bonitamente la parte del cuerpo que hubiere caído en el suelo, y con mucha sotileza antes que la sangre se hiele, la pondrás sobre la otra mitad que quedare en la silla, advirtiéndole de encajallo igualmente y al justo: luego me darás á beber solos dos tragos del bálsamo que he dicho, y verásme quedar mas sano que una manzana.—Si eso hay, dijo Panza, yo renuncio desde aquí el gobierno de la prometida insula, y no quiero otra cosa en pago de mis muchos y buenos servicios sino que vuestra merced me dé la receta de ese extremado licor, que para mí tengo que valdrá la onza adonde quiera mas de á dos reales, y no he menester yo mas para pasar esta vida honrada y descansadamente; pero es de saber ahora si tiene mucha costa el hacelle.—Con menos de tres reales se pueden hacer tres azumbres, respondió Don Quijote.—¡Pecador de mí! replicó Sancho; ¿pues á qué aguarda vuestra merced á hacelle y á enseñármele?—Calla, amigo, respondió Don Quijote, que mayores secretos pienso enseñarte y mayores mercedes

hacerte: y por ahora curémonos, que la oreja me duele mas de lo que yo quisiera." Sacó Sancho de las alforjas hilas y unguento; mas cuando Don Quijote llegó á ver rota su celada pensó perder el juicio, y puesta la mano en la espada y alzando los ojos al cielo dijo: "Yo hago juramento al Criador de todas las cosas y á los Santos cuatro Evangelios, donde mas largamente están escritos, de hacer la vida que hizo el grande marqués de Mántua cuando juró de vengar la muerte de su sobrino Valdovinos, que fué de no comer pan á manteles, ni con su mujer folgar, y otras cosas, que aunque dellas no me acuerdo las doy aquí por expresadas, hasta tomar entera venganza del que tal desaguisado me hizo." Oyendo esto Sancho le dijo: "Advierta vuestra merced, señor Don Quijote, que si el caballero cumplió lo que se le dejó ordenado de irse á presentar ante mi señora Dulcinea del Toboso, ya habrá cumplido con lo que debía, y no merece otra pena si no comete nuevo delito.—Has hablado y apuntado muy bien, respondió Don Quijote, y así anulo el juramento en cuanto lo que toca á tomar dél nueva venganza; pero hágole y confirmole de nuevo de hacer la vida que he dicho hasta tanto que quite por fuerza otra celada tal y tan buena como esta á algun caballero; y no pienses, Sancho, que así á humo de pajas hago esto, que bien tengo á quién imitar en ello, que esto mismo pasó al pié de la letra sobre el yelmo de Mambrino, que tan caro le costó á Sacripante.—Que dé al diablo vuestra merced tales juramentos, señor mio, replicó Sancho, que son muy en daño de la salud, y muy en perjuicio de la conciencia: si no, dígame ahora: si acaso en muchos dias no topamos hombre armado con celada, ¿qué hemos de hacer? ¿háse de cumplir el juramento á despecho de tantos inconvenientes é incomodidades como será el dormir vestido, y el no dormir en poblado, y otras mil penitencias que contenia el juramento de aquel loco viejo del marqués de Mántua, que vuestra merced quiere revalidar ahora? Mire vuestra merced bien que por todos estos caminos no andan hombres armados, sino arrieros y carreteros, que no solo no traen celadas, pero quizá no las han oido nombrar en todos los dias de su vida.—Engañaste en eso, dijo Don Quijote, porque no habremos estado dos horas por estas enercujadas, cuando veamos mas armados que los que vinieron sobre Albraca á la conquista de Angélica la Bella.—Alto pues, sea así, dijo Sancho, y á Dios prazga que nos suceda bien, y que se llegue ya el tiempo de ganar esa insula que tan cara me cuesta, y muérame yo luego.—Ya te he dicho, Sancho, que no te dé eso cuidado alguno, que cuando faltare insula ahí está el reino de Dinamarca ó el de Sobradisa, que te vendrán como anillo al dedo, y mas que por ser en tierra firme te debes mas alegrar. Pero dejemos esto para su tiempo, y mira si traes algo en esas alforjas que comamos, porque vamos luego en busca de algun castillo donde alojemos esta noche, y hagamos el bálsamo que te he dicho, porque yo te voto á Dios que me va doliendo mucho la oreja.—Aquí traigo una cebolla y un poco de queso y no sé cuántos mendrugos de pan, dijo Sancho; pero no son manjares que pertenecen á

tan valiente caballero como vuestra merced.—¡Qué mal lo entiendes! respondió Don Quijote: hágote saber, Sancho, que es honra de los caballeros andantes no comer en un mes, y ya que coman sea de aquello que hallaren mas á mano: y esto se te hiciera cierto si hubieras leído tantas historias como yo, que aunque han sido muchas, en todas ellas no he hallado hecha relacion de que los caballeros andantes comiesen si no era acaso, y en algunos suntuosos banquetes que les hacian, y los demás dias se los pasaban en flores. Y aunque se deja entender que no podian pasar sin comer y sin hacer todos los otros menesteres naturales, porque en efecto eran hombres como nosotros, háse de entender tambien que andando lo mas del tiempo de su vida por las florestas y despoblados, y sin cocinero, que su mas ordinaria comida seria de viandas rústicas, tales como las que tú ahora me ofreces: así que, Sancho amigo, no te congoje lo que á mí me da gusto, ni quieras tú hacer mundo nuevo, ni sacar la caballería andante de sus quicios.—Perdóneme vuestra merced, dijo Sancho, que como yo no sé leer ni escrebir, como otra vez he dicho, no sé ni he caído en las reglas de la profesion caballeresca; y de aquí adelante yo proveeré las alforjas de todo género de fruta seca para vuestra merced, que es caballero, y para mí las proveeré, pues no lo soy, de otras cosas volátiles y de mas sustancia.—No digo yo, Sancho, replicó Don Quijote, que sea forzoso á los caballeros andantes no comer otra cosa sino esas frutas que dices, sino que su mas ordinario sustento debia de ser dellas y de algunas yerbas que hallaban por los campos, que ellos conocian y yo tambien conozco.—Virtud es, respondió Sancho, conocer esas yerbas, que, segun yo me voy imaginando, algun dia será menester usar de ese conocimiento.” Y sacando en esto lo que dijo que traía comieron los dos en buena paz y compañía. Pero deseosos de buscar adonde alojar aquella noche acabaron con mucha brevedad su pobre y seca comida: subieron luego á caballo, y diéronse priesa por llegar á poblado antes que anocheciese; pero faltóles el sol y la esperanza de alcanzar lo que deseaban junto á unas chozas de unos cabreros, y así determinaron de pasarla allí: que cuanto fué de pesadumbre para Sancho no llegar á poblado, fué de contento para su amo dormirla al cielo descubierto, por parecerle que cada vez que esto le sucedia era hacer un acto posesivo que facilitaba la prueba de su caballería.

CAPÍTULO XI.

De lo que le sucedió á Don Quijote con unos cabreros.

FUÉ recogido de los cabreros con buen ánimo, y habiendo Sancho lo mejor que pudo acomodado á Rocinante y á su jumento, se fué tras el olor que despedian de sí ciertos tasajos de cabra que hirviendo al fuego en un caldero estaban; y aunque él quisiera en aquel mismo punto ver si estaban en sazón de trasladarlos del caldero al estómago, lo dejó de hacer porque los cabreros los quitaron del fuego, y tendiendo por el suelo unas pieles de ovejas aderezaron con mucha priesa su rústica mesa, y convidaron á los dos, con muestras de muy buena voluntad, con lo que tenian. Sentáronse á la redonda de las pieles seis de ellos, que eran los que en la majada habia, habiendo primero con groseras ceremonias rogado á Don Quijote que se sentase sobre un dornajo que vuelto del revés le pusieron. Sentóse Don Quijote, y quedábase Sancho en pié para servirle la copa, que era hecha de cuerno. Viéndole en pié su amo, le dijo: “Porque veas, Sancho, el bien que en sí encierra la andante caballería, y cuán á pique están los que en cualquiera ministerio della se ejercitan de venir brevemente á ser honrados y estimados del mundo, quiero que aquí á mi lado y en compañía desta buena gente te sientes, y que seas una misma cosa conmigo, que soy tu amo y natural señor; que comas en mi plato y bebas por donde yo bebiere, porque de la caballería andante se puede decir lo mismo que del amor se dice, que todas las cosas iguala.—¡Gran merced! dijo Sancho; pero sé decir á vuestra merced que como yo tuviese bien de comer, tan bien y mejor me lo comería en pié y á mis solas como sentado á par de un emperador.